

Conflictividades urbanas vs. «guerra» urbana: otra «clave» para leer el conflicto en Medellín¹



Elsa Blair²

Universidad de Antioquia
eblair@iner.udea.edu.co

Marisol Grisales Hernández³

Universidad de Antioquia
marisol@iner.udea.edu.co

Ana María Muñoz Guzmán⁴

Universidad de Antioquia
anamar@iner.udea.edu.co

Recibido: 10 de agosto de 2008

Aceptado: 2 de octubre de 2008

¹ Este artículo surge de una reflexión emprendida en el marco de una investigación recientemente terminada titulada De Memorias y de guerras, desarrollada por un grupo de investigadoras y estudiantes, miembros del grupo de investigación Cultura, violencia y territorio del Instituto de Estudios Regionales (INER) de la Universidad de Antioquia en tres barrios de Medellín: La Sierra, Villa Lilliam y 8 de Marzo. La investigación se realizó en alianza con el Programa de Víctimas de la Secretaría de Gobierno Municipal entre febrero de 2007 y febrero de 2008 y contó con el apoyo del IDEA, COLCIENCIAS y la Alcaldía en el marco de la Convocatoria Agenda ciudad de Medellín: estudios de ciudad. Éste no hubiera podido escribirse sin la colaboración permanente de todo el equipo de investigación involucrado en el proyecto: Natalia Quiceno, Isabel Cristina de los Ríos, Ana María Muñoz y Marisol Grisales. A todas ellas mis agradecimientos.

² Ph. D en Sociología. Docente-Investigadora, Instituto de Estudios Regionales de la Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia. Miembro del grupo de investigación «Cultura, violencia y territorio».

³ Antropóloga. Investigadora asociada del grupo cultura, violencia y territorio.

⁴ Antropóloga. Investigadora asociada del grupo cultura, violencia y territorio.

Conflictividades urbanas vs. «guerra» urbana: otra «clave» para leer el conflicto en Medellín

Resumen

El conflicto urbano en Medellín, entre 1995 y 2005, ha sido analizado, fundamentalmente, como una guerra urbana que se explicaría a partir del conflicto político armado a nivel nacional. La presencia de actores armados vinculados a las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) –fundamentalmente el Bloque Cacique Nutibara– y a las guerrillas [Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y Ejército de Liberación Nacional (ELN)], permitió a muchos analistas explicar el conflicto en Medellín como «expresión local» del conflicto político a nivel nacional. En este artículo cuestionamos esa tesis. Sostenemos que más que una «guerra» urbana, explicable desde el ámbito de lo nacional y bajo una concepción muy estatal e «instrumental/racional» de lo político o del poder, Medellín ha vivido insertada en una multiplicidad de conflictos que se articulan de maneras específicas y que involucran aspectos bastante más subjetivos, presentes en dinámicas barriales pre-existentes a la «guerra», que justo por eso preferimos llamar «conflictividades urbanas». Sobre la base de lo encontrado en la investigación, sugerimos a los expertos en violencia urbana algunas nuevas «claves» de interpretación del conflicto en Medellín. Una de ellas está atada a aspectos o a dimensiones subjetivas de la vida barrial que intervienen significativamente en la dinámica de los conflictos, incluidos los conflictos políticos.

Palabras clave: conflicto, conflictividades urbanas, guerra, actores de la guerra.

Urban Conflict Vs. Urban “War:” Another “Key” to Read the Conflict in Medellin

Abstract

The urban conflict in Medellin between 1995 and 2002 has been described, fundamentally, as an urban war that can be explained based on the armed political conflict that took place on a national level. The presence of armed actors linked to the Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) – essentially the “cacique nutibara” block – and the guerilla groups Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia FARC and Ejercito de Liberacion Nacional ELN, allowed many analysts to explain the conflict in Medellin as a “local expression” of the conflict that took place on the national stage. This article questions this thesis. Instead it suggests that more than an urban “war,” explainable from the national situation and under a conception of state and instrumental/rational politics and power, Medellin has been living inserted into a multiplicity of conflicts that articulate in specific ways, and which involve much more subjective aspects that can be seen in pre-existing neighborhood dynamics from before the “war,” which because of these circumstances we prefer to call urban conflict instead. On the basis on what we found during the investigation and centered on systematic and extensive fieldwork (workshops, interviews, walkthroughs, images, photographs etc.) that took four months to complete, we suggest to the experts on urban violence some new “keys” to interpret the conflict in Medellin. One of those is tied to subjective aspects or dimensions of neighborhood life that intervene significantly in conflict dynamics, including political conflicts.

Key words: conflict, urban conflict war, actors of war

Conflituosidades urbanas vs. “guerra urbana”: Outra “chave” para ler o conflito em Medellín

Resumo

O conflito urbano em Medellín, entre 1995 e 2005, tem sido analisado, fundamentalmente, como uma guerra urbana que poderia ser explicada a partir do conflito armado de abrangência nacional. A presença de atores armados vinculados às Autodefesas Unidas da Colômbia

-AUC- (fundamentalmente o Bloco Cacique Nutibara) e às guerrilhas (Forças Armadas Revolucionárias da Colômbia -FARC- e o Exército de Libertação Nacional -ELN-), permitiu a muitos acadêmicos explicar o conflito em Medellín como sendo a "expressão local" do conflito político nacional. Neste artigo, questiona-se essa tese. Sustentamos que mais que uma "guerra urbana", explicável a partir de um âmbito nacional e por meio de uma concepção muito estatal e instrumental do político e do poder, Medellín tem vivido envolvida numa multiplicidade de conflitos que se articulam de maneiras específicas e envolvem aspectos muito mais subjetivos, presentes nas dinâmicas de bairro pré-existentes à "guerra" que, por essa razão, preferimos chamar conflitos urbanos. Na base dos achados da pesquisa e a partir de um extenso e sistemático "trabalho de campo" (oficinas, entrevistas, itinerários, imagens, fotografias, etc.), com uma duração de quatro meses, sugerimos aos especialistas em violência urbana, algumas novas "chaves" de interpretação do conflito em Medellín. Uma delas ligada a aspectos ou dimensões subjetivas da vida de bairro que contribuem significativamente à dinâmica dos conflitos, inclusive os de caráter político.

Palavras chave: conflito, conflitos urbanos, guerra, atores da guerra.

A modo de introducción

No, la gente les decía bandas porque era un viaje de muchachos haciendo de malos

Lo que si no les se decir es por qué fue la guerra

... Entonces eso generaba como una economía ahí dentro del barrio, del vicio, del licor y, a lo último, la gente aprendió a vivir en medio de la guerra y a sobrevivir de la guerra también, con la venta de armas, de vicio, de balas y un montón de cosas que se generan ahí en el barrio por el mismo descontrol también.

Que para mí no era un presencia paramilitar sino combos que se dejaron amedrentar y tuvieron que hacer ese teatro de llamarse AUC cuando nunca lo fueron, eran más bien pillos y el terror de pelear o de entrar en confrontación contra un montón de narcotráfico que tiene mucho poder aquí en la ciudad

Testimonios de los pobladores en los barrios
La Sierra, Villa Liliam y 8 de Marzo

Reconstruir la(s) memoria(s) de las víctimas del conflicto político en Medellín, que era nuestro «objeto» inicial de investigación, exigía un diagnóstico del conflicto mismo como «contexto» desde y sobre el cual se «tejían» los relatos. Pensábamos que la posibilidad de reconstrucción de estas memorias no podía hacerse sino a condición de contextualizar algunas de las dinámicas barriales donde los eventos violentos habían acontecido, esto es, las condiciones geopolíticas

donde sucede (o había sucedido) el conflicto y donde se tejían las memorias del mismo. Partíamos, pues, de considerar que tanto los espacios, como los tiempos y, de manera muy importante, las palabras (o el relato), como componentes de la memoria, estaban marcados por la situación de los barrios y por los referentes concretos en que se desarrollan tanto «la guerra» y el conflicto, como los procesos mismos de reconstrucción de las memorias. En otras palabras, el conflicto como tal no era objeto de indagación en la investigación; era solo el «contexto»⁵ para explicar lo que constituía nuestro objeto de investigación: la(s) memoria(s) de las víctimas del conflicto⁶. No obstante, lo que nos encontramos al confrontar la literatura y el trabajo de campo fueron enormes insatisfacciones con los modelos analíticos o interpretativos que había usado la mayoría de los investigadores. Esta insatisfacción fue tomando más fuerza con el desarrollo de este trabajo. En efecto, creemos que la mayoría de ellos carece de una concepción de «lo político» que es necesario replantear al menos en relación con dos aspectos: primero, que se trata de una concepción muy estatal de lo político negando otras formas de espacialización y presencia del poder, y segundo, que se trata de una concepción demasiado racional/ instrumental de la política (y del poder) que deja al margen, aspectos bastante subjetivos presentes en la vida social (en este caso barrial), que intervienen significativamente en la dinámica misma de los conflictos, incluidos los conflictos políticos. Lo que hicimos entonces fue una lectura crítica de la literatura existente, señalamos la necesidad de un análisis más juicioso del asunto y sugerimos nuevas miradas o enfoques, no sólo sobre el conflicto y sus propias dinámicas, sino sobre la concepción de lo político que, tradicionalmente, se ha tenido en la academia colombiana para abordar estos fenómenos y darle espacio a otras dimensiones de la vida barrial (incluidas dimensiones más subjetivas) presentes en ellos. Como el conflicto no era nuestro objeto de investigación, pensamos que es preciso afinar más y documentar mejor el análisis de estas conflictividades. Por lo pronto y con lo que logramos hacer en esta dirección, proponemos algunas nuevas pistas de indagación.

⁵ Dada la amplia literatura sobre el tema en la ciudad, pretendíamos reconstruirlo con base en esa literatura para «situar» nuestra propia reflexión sobre la(s) memoria(s) de las víctimas.

⁶ El proyecto tenía entre sus propósitos iniciales agregarle reflexión teórica a los programas de intervención que venía desarrollando la Secretaría de Gobierno de Medellín en estos barrios de la comuna centro-oriental con las víctimas del conflicto político en la ciudad. El informe final de la investigación, recientemente terminada, con el título De Memorias y de guerras, se encuentra a disposición del público en el Centro de Documentación del INER de la Universidad de Antioquia. Como resultado del proyecto, dos artículos serán publicados en la revista Estudios Políticos No. 32 del IEP de la Universidad de Antioquia en julio próximo.

La violencia y los conflictos armados en Medellín

El conflicto urbano en Medellín ha sido ampliamente estudiado por la academia y distintas ONGs en la ciudad desde la década de los ochenta. Muchos son los diagnósticos que le han «seguido la pista» a esta conflictividad en sus diferentes momentos y expresiones, con particular fuerza desde los años de actividad del narcotráfico (y la acción del capo Pablo Escobar), hasta el momento actual⁷. Para abordarlo en la investigación, identificamos y desarrollamos tres periodos históricos marcados, de manera particular, por el ingreso de otros y nuevos actores de violencia; sin embargo, el período que realmente nos interesaba para el análisis estaba comprendido entre los años 1995 y 2005, considerado por los analistas como el momento de la violencia «más política» o la «guerra urbana» propiamente dicha. Ella se corresponde, temporalmente, con el ingreso a la ciudad, concretamente a los barrios, de grupos armados irregulares, articulados a los grupos de carácter nacional que confrontan y/o defienden el poder del Estado: las milicias articuladas a grupos guerrilleros y los bloques de AUC o paramilitares, es decir, los llamados «actores de la guerra». La segunda razón para centrarnos en esos años fue que coincidía con una violencia y un tipo de confrontación que había producido muchas víctimas de «la guerra» en los barrios y sobre los cuales íbamos a intentar la reconstrucción de su(s) memoria(s).

Al iniciar la investigación creíamos también que se trataba efectivamente de la «guerra» urbana, esto es, del proceso mediante el cual el conflicto político nacional, respondiendo a estrategias trazadas por los actores armados irregulares (particularmente la llamada urbanización del conflicto político) hacía su ingreso a las ciudades (en este caso a Medellín). Esta «guerra» había sido vivida por los pobladores con quienes trabajaríamos, quienes eran sus «víctimas» y que, desde su palabra a través del desarrollo de «ejercicios de la memoria», íbamos a reconstruir en un esfuerzo por entender sus problemáticas. No obstante, en el desarrollo de la investigación la hipótesis de la «guerra» no resultó tan clara, al menos por dos razones: a) Por la imbricación existente entre unas y otras modalidades de violencia como las provenientes del conflicto político mismo, las asociadas al narcotráfico y las provenientes de otros conflictos (como las bandas y la delincuencia organizada), fruto de dinámicas preexistentes en los barrios, y b) Porque más que una «mezcla compleja» entre unas y otras modalidades de violencia que dificultarían su explicación⁸ pensamos que son, justamente, las particulares formas de articulación entre unos y otros conflictos las que marcan no sólo la dinámica de los conflictos, sino también el «carácter» de la confrontación.

⁷ Hay una enorme bibliografía sobre el tema que no es posible recoger aquí. Solo señalaremos los que han sido referenciados en el texto.

⁸ Muchos analistas asumen esta «mezcla» pero para sostener, en la mayoría de los casos, que ella dificulta establecer las diferencias entre violencias políticas y no políticas; lo que vagamente o, en todo caso, sin mucha precisión se ha llamado «lo social».

La guerra urbana: lo que se ha dicho sobre el conflicto en Medellín

No es fácil establecer una fecha precisa para hablar del conflicto urbano en Medellín. Como toda periodización, seleccionar una fecha o un evento en particular como fundador de ciertas dinámicas del conflicto resulta un tanto difícil y arriesgado. Con todo, y apoyadas en la literatura que consultamos al respecto⁹, es posible establecer una cierta periodización que responde a coyunturas particulares que marcaron las dinámicas del conflicto en esos años: antecedentes (1980-1994), conflicto reciente (1995-2005) y los últimos años hasta la situación actual (2005-2007). Como ya señalamos el período que nos interesaba en este caso era el transcurrido entre 1995 y 2005. Con todo, los otros dos períodos, aunque fueron abordados de manera más esquemática, nos eran útiles y necesarios a la reflexión.

El primer período es interesante porque no sólo muestra los primeros indicios de una conflictividad que puso «lo urbano y a los jóvenes» en el centro de la reflexión, sino porque gestó muchos de los procesos que se desarrollaron más adelante, particularmente, en relación con la instauración de ciertas prácticas nutridas de referentes mafiosos que, en efecto, no han desaparecido de la conflictividad actual, y aunque revestidas de nuevas formas hoy, podrían explicar muchas de las conflictividades urbanas. Mientras los primeros años de ese período están más ligados al fenómeno del narcotráfico y al sicariato (Salazar y Jaramillo, 1992), sus últimos años están caracterizados por la presencia de las bandas y los inicios del fenómeno miliciano (Jaramillo *et al.*, 1998; Medina, 2006). En efecto, el conflicto empieza a extenderse, unos años después del auge del sicariato ligado al narcotráfico, con el surgimiento de otras modalidades del conflicto: a partir de la aparición de las milicias. Iniciando la década de los noventa, fueron apareciendo las «limpiezas sociales» contra «los viciosos» de mano de «justicieros» que, a partir de la eliminación o el destierro, imponían la tranquilidad en los barrios (Jaramillo *et al.*, 1998: 206).

Sobre su surgimiento en la ciudad existen, en esa literatura, diferentes versiones, desde las que aseguran que se trataba de grupos asociados a la insurgencia armada hasta versiones que los ven como el resultado de la autodefensa frente la violencia indiscriminada que se venía presentando en los barrios populares. Se habla también de dos períodos, uno ligado a su surgimiento, en el cual las milicias son asociadas a procesos comunitarios y de apoyo a los barrios, y otro en el cual sus acciones se igualaron a las de las bandas y otros grupos de delincuencia común, lo que llevó a hablar de un bandidaje miliciano que daba cuenta

⁹ Quisiera resaltar en esta «tarea», la labor de las dos estudiantes de Antropología, comprometidas en el proyecto en calidad de auxiliar y de estudiante en formación, Ana María Muñoz y Marisol Grisales.

de un proceso de degradación¹⁰. Los autores concuerdan, en general, en que su aparición se dio a finales de la década de los ochenta en la zona nororiental y que estos primeros grupos estaban asociados con organizaciones armadas de izquierda como el ELN (Medina, 2006), el Movimiento 19 de abril (M-19) y el Ejército Popular de Liberación (EPL) (Jaramillo *et al.*, 1998) y solo el M-19 (Robledo y Nieto, 2006). Estos últimos autores sostienen que:

A finales de los años setenta (sic) y comienzos de los ochenta (sic) los grupos insurgentes trasladan la guerra del campo a la ciudad con la mentalidad de construir movimientos políticos amplios [...] Sin embargo, el modelo queda a la deriva debido a la represión política y los golpes militares (Nieto y Robledo, 2006:63).

Contrario a lo planteado por Robledo y Nieto (2006), para Gilberto Medina (2006: 14) el surgimiento de las milicias (aunque reconoce que se nutrió, fuertemente, de los procesos desarrollados por la insurgencia armada después de la década de los ochenta) no es sólo un producto de las organizaciones de izquierda o la estructura urbana de la guerrilla, sino una respuesta al bandidaje en los barrios, que provino de iniciativas individuales de algunos combatientes rurales que se insertan en los barrios con propuestas organizativas dirigidas hacia los pobladores que, en algunos de ellos, ya contaban con propuestas de autodefensa. Para otros autores con el nombre de milicias se alude a un variado mosaico de grupos armados que aparecieron en Medellín y en otras ciudades a finales de la década pasada (Jaramillo *et al.*, 1998: 60). Se pueden encontrar los «Campamentos de paz» del M-19 y el EPL instaurados a finales de 1984 en los Barrios Popular 1 y 2 (zona nororiental) y en Villa Tina (zona centro oriental de la ciudad) y las organizaciones de autodefensa y limpieza, como la banda de Los Capuchos, que «puede considerarse un modelo del eslabón que liga bandidaje con milicianada» (Jaramillo *et al.*, 1998: 62). Al parecer, estos primeros grupos que son las Milicias Populares del Pueblo y para el Pueblo –MPPP– al igual que las Milicias Populares del Valle de Aburra –MPVA– son proyectos alimentados por ideas diferentes. Lo cierto es que a partir de 1991 las milicias se darán a conocer plenamente en la ciudad, evidenciándose la disputa por territorios en los barrios populares entre bandas y milicias (Jaramillo *et al.*, 1998).

El conflicto reciente, o segundo período, ubicado entre 1995-2005, se caracteriza por la presencia de «actores políticos» en la ciudad y se considera la época de confrontación más aguda entre los diversos «actores

¹⁰ A medida que el proyecto crecía, también se iba separando más de los comandos guerrilleros y quedando en las manos y bajo el poder de jóvenes que habían nacido y crecido en los propios barrios y que empezaron administrar el poder en ellos desde su propia óptica.

de la guerra» en la ciudad. Como ya lo señalamos, esta hipótesis no nos resultó tan clara dada la imbricación entre unas y otras modalidades de violencia y la articulación concreta que se estableció entre ellas. El periodo entre 1995 y 2000 está marcado por una recomposición de la delincuencia y una mayor autonomía de estas bandas con el narcotráfico (como microempresas armadas con capacidad de vender sus servicios al mejor postor) y la aparición de grandes estructuras del crimen organizado, que actuaban entre el mundo de las Oficinas y el mundo de grandes bandas como La Terraza, La Cañada, Los Triana y la Banda de Frank, etc. (Alonso *et al.*, 2006: 447).

Para esta época el conflicto se intensificó no sólo por la presencia del narcotráfico sino también de nuevos grupos paramilitares, bandas y milicias, con las cuales la violencia se amplió y se generalizó, desdibujando así la diferencia entre lo político, lo social y lo delictivo. El conflicto, a partir de allí, se transformó para las comunidades en una sobrevigilancia en la que recibían propuestas de paramilitares, policías, autodefensas, bandas y milicias (Jaramillo *et al.*, 1998). Como lo plantea el estudio de la Pastoral Social, para entonces «la oferta de seguridad se ha convertido en el más atractivo producto que se ofrece a la ciudadanía» (Cideal y Pastoral Social, 2005: 21). A partir de allí entraron a participar un sinnúmero de actores: las antiguas bandas, que habían logrado desarticular las milicias, fueron absorbidas por La Oficina o por la banda de La Terraza; los milicianos o grupos que no se desmovilizaron continuaban aplicando justicia en los territorios o sectores en los que aún tenían poder; las guerrillas del ELN y FARC lanzaban, a partir de 1997, su proyecto de expansión, expresado en la cooptación de los Comandos Armados del Pueblo (CAP) en la zona centro occidental y, finalmente, el paramilitarismo se desplazó con mayor fuerza hacia las ciudades generando una mayor agudización del conflicto urbano (Cideal y Pastoral Social, 2005).

Esta presencia de bloques de las AUC, incuestionable en la ciudad para ese periodo, ha hecho que algunos analistas lean el conflicto local (sobre todo para estos años), como la expresión local del conflicto a nivel nacional. Uno de estos diagnósticos es el de Nieto y Robledo¹¹ quienes sostienen la tesis de la escenificación de la guerra o su expansión al escenario de la ciudad, al tiempo que se produce una «progresiva centralidad ganada por el conflicto político armado de alcance nacional en relación con y a expensas del espectro de conflictividades propiamente urbanas (Nieto y Robledo, 2006: 90). Según estos autores, para entonces en Medellín los actores armados superaron las esferas rurales y se convirtieron en procesos metropolitanos e incluso regionales cumpliendo «labores sociales y políticas», lo que rompió el modelo de control social o

¹¹ Este trabajo tenía el mérito para nuestros propósitos de ser relativamente reciente y, sobre todo de centrarse en las comunas 8 y 9, zona centro-oriental de Medellín.

de «fuerza de ocupación» típica de grupos delincuenciales, donde además las bandas fueron absorbidas por el paramilitarismo. Para estos dos autores, esa década presenta tres características interdependientes con relación al conflicto: escalonamiento, expansión y degradación (Nieto y Robledo, 2006: 43).

Según diversos análisis elaborados por el Instituto Popular de Capacitación, (IPC) el proyecto paramilitar liderado por Carlos Castaño se inició en Medellín con el Bloque Metro, una estructura de base fundamentalmente rural a la que se le asignaron comandantes urbanos cuya misión fue desarrollar labores de contrainsurgencia y posicionar el proyecto paramilitar en la ciudad. Este bloque estableció alianzas con el Ejército en vez de la Policía, y se apoyó en la banda La Terraza. Sin embargo, su crecimiento y consolidación no se dieron de la manera esperada debido a lo difíciles que resultaron tales alianzas ya que, por ejemplo, la banda La Terraza tenía discrepancias con La Oficina de Envigado por el control de algunas rutas del narcotráfico. En 1999 se registraron los primeros enfrentamientos y el IPC (2006) señala que el Bloque Metro no logró consolidarse como una verdadera amenaza para las milicias ya que su proyecto no tuvo en cuenta la articulación de otras estructuras criminales preexistentes en la ciudad¹².

En el año 2000, se desató una guerra entre La Terraza (que pierde, al ser asesinados, la mayoría de sus líderes e integrantes) y alias «Don Berna», como principal jefe de La Oficina quien así consolidó su poder en la ciudad. En ese momento, las AUC tomaron una de las decisiones más importantes para la dinámica del conflicto en la ciudad: la «franquicia» paramilitar es vendida a Diego Fernando Murillo, alias «Don Berna», quien desde el 2001 fue el encargado de desarrollar la estrategia paramilitar en Medellín a través del denominado Bloque Cacique Nutibara (IPC, 2006). A diferencia del Bloque Metro, que operaba en zonas de influencia guerrillera, el Bloque Cacique Nutibara –BCN– copaba las zonas donde había presencia de bandas. Esta estrategia de «Don Berna», de cooptar o golpear las bandas, fue fortaleciendo un ejército paramilitar que, poco a poco, entró a disputar barrios de tradición miliciana¹³. Después del repliegue de las guerrillas en diciembre de 2002, los paramilitares decretaron una tregua en la ciudad. En el 2003 coincidieron varios procesos, como la disminución de las tasas de homicidios en la ciudad (reportadas oficialmente) y

¹²Vale la pena resaltar que este estudio si señala la actividad de bandas criminales pero no profundiza mucho ni en la articulación con los «actores de la guerra», ni en las implicaciones de dicha articulación en la dinámica y el carácter del conflicto.

¹³Una de las disputas más importantes fue la entablada con la Banda de Frank, en la comuna noroccidental que limita con Bello, enfrentamiento que terminó con la pérdida de poder de la banda en el sector. Gran número de masacres se vivieron en el marco de estos enfrentamientos, especialmente en la primera mitad del 2001 en los barrios ubicados en la comuna 8 y en el barrio Paris de Bello (IPC, 2006).

el proceso de reinserción de los paramilitares; la desarticulación y expulsión del Bloque Metro del barrio La Sierra y la desmovilización del Bloque Cacique Nutibara en noviembre de 2003¹⁴. Según cifras del IPC, 360 del total de desmovilizados ya contaban con procesos jurídicos en curso, en su mayoría por narcotráfico y hurto calificado; de estos 360 sólo 27 se encontraban en la cárcel, mientras a los 333 restantes no se les inició ningún proceso de verdad y de justicia convirtiendo la impunidad en la característica distintiva del proceso (IPC, 2006). El Comandante R, comandante político mayor del BCN, aseguró haber dejado una ciudad pacificada y consideró la desmovilización del BCN como «proyecto piloto» para las demás desmovilizaciones de las AUC (IPC, 2006). Unos años después de la desmovilización, las redes mafiosas de La Oficina de Envigado seguían operando con un poder hegemónico en la ciudad respecto al narcotráfico y otros mercados ilegales, al tiempo que se presentaba una reactivación de bandas que funcionaban independientemente (IPC, 2006).

Como ya lo señalamos estos son los diagnósticos más extendidos, que a nuestro juicio subsumen las dinámicas barriales en el confrontación política central (la «guerra» urbana); siguen presentando las mismas dicotomías y divisiones en torno al carácter delincencial o político de los actores y de los conflictos, y dejan ver una concepción muy institucional de la política que oscurece otras dinámicas y procesos de la violencia urbana pero, sobre todo, «oscurecen» la fuerza de esos «otros» conflictos barriales y su carácter político, cuando se asumen en una concepción menos institucional-estatal de la política. Las relaciones de fuerza y de poder que se establecen, se espacializan y se articulan al conflicto mayor marcan una dinámica particular de la confrontación.

Sobre la base de todos estos «diagnósticos» e interpretaciones sobre el conflicto en Medellín en estas dos últimas décadas, creemos que es preciso «hilar más fino» cuando se trata de la interpretación del paramilitarismo en la ciudad. Sin duda, desde nuestra perspectiva, el trabajo de Alonso et al. (2006) es el que hace una interpretación más juiciosa del fenómeno ocurrido en Medellín¹⁵, al cuestionar muchas de las debilidades interpretativas que habían caracterizado los trabajos anteriores sobre el tema, fundamentalmente porque sitúa la discusión y el análisis en otro nivel, al mostrar las especificidades

¹⁴ Durante el segundo semestre de 2003 se anunció la desmovilización del Bloque Cacique Nutibara. 850 personas fueron concentradas en el municipio de La Ceja en el oriente antioqueño, pese a las denuncias sobre un masivo reclutamiento de jóvenes en barrios populares de Medellín que días antes se había llevado a cabo. Según el estudio del IPC, el 25 de noviembre fueron desmovilizados más de 800 miembros del Bloque Cacique Nutibara. (IPC, 2006). La desmovilización de los bloques Cacique Nutibara y Héros de Granada en el oriente antioqueño entre 2003 y 2005, marcarían un punto de inflexión expresado en la baja de la tasa de homicidios en la ciudad (Alonso *et al.*, 2006: 436).

¹⁵ Al respecto vale la pena mencionar también el trabajo de Pablo Emilio Angarita (2004) al cuestionar esas interpretaciones demasiado «nacionales» para explicar el conflicto local que ya hemos mencionado.

que se dan en la articulación que se produce entre las conflictividades urbanas y el conflicto político nacional. No subsumen las primeras en la «escisión maestra» sino que muestran su articulación cambiando completamente el enfoque del problema. Si bien reconocen la acción paramilitar¹⁶ –que desata a inicios del 2000 la mayor confrontación y los mayores niveles de violencia de la ciudad y del departamento¹⁷– como respuesta a la estrategia deliberada de la guerrilla de urbanizar y escalonar el conflicto a escala nacional, no ignoran la fuerza ni las formas de articulación del fenómeno paramilitar con esas otras violencias. Al respecto dicen:

Si bien empezó funcionando con formas organizativas, típicas de un ejército rural, el entorno urbano le hizo apelar a la subcontratación con organizaciones de alta capacidad operativa como la banda de La Terraza, dándose así una combinación de lógicas de acción que obligaría al Bloque Metro a aceptar la realidad de las dinámicas impuestas por las oficinas y sus redes mafiosas [...] Como respuesta a nivel nacional las AUC van a apoyar de manera más clara las estructuras al servicio del narcotráfico con la capacidad de desplegar dominio territorial y confrontar guerrillas, aniquilar milicianos y enfrentar bandas [...] Así triunfan las redes mafiosas sobre algunos de los otros grupos (Alonso *et al.*, 2006: 449, 452).

Dinámicas que, en razón de esa mezcla entre lógicas e intereses tan diversos en su interior, le marcan el carácter a la confrontación y hacen fracasar la estrategia de copamiento territorial y de urbanización del conflicto político armado. Para estos últimos analistas, la conflictividad urbana en esos años no es la expresión «extrapolada» del fenómeno paramilitar en Medellín, sino la expresión de una articulación específica que le marca el carácter a la confrontación y que es preciso desentrañar con una mirada muy atenta a los procesos locales. De hecho más que de guerra, hablan de «competencia armada» significando con ello:

Un proceso en el que múltiples grupos con intereses, motivaciones y estrategias diversas desafiaron las pretensiones de universalidad e inclusividad del Estado en la región al romper fácticamente el monopolio de la violencia y lograr sostener esa ruptura, continuamente, durante dos décadas (Alonso *et al.*, 2006: 435).

¹⁶ Resaltan en este proceso, la aparición del Bloque Metro en 1997, al mando del comandante Rodrigo, alias «doble cero» (Alonso *et al.*, 2006: 448 y ss.).

¹⁷ Para 2002 la región aportaba el 81% de los homicidios, el 93 % de las masacres y el 70% de los secuestros en Antioquia (ver: Alonso *et al.*, 2006: 448).

Su tesis, apoyada inicialmente en la segunda postura dominante sobre el análisis del paramilitarismo en el país¹⁸, es que los grupos paramilitares (y concretamente el Bloque Cacique Nutibara) eran una red compleja de relaciones, estructurada en función de las cuatro grandes rutas de la guerra en Medellín (las autodefensas, el narcotráfico, las bandas y la ruta específicamente paramilitar) y cuya expresión concreta eran tramas imbricadas en dinámicas de aniquilación, negociación, absorción y dominación, más que una estructura centralizada y unificada¹⁹. Esto es, que actuaban de manera más desarticulada de lo que ha querido aceptarse y en la confluencia de muchos y diversos intereses. Esto, a juicio nuestro, es importantísimo para el análisis de la conflictividad urbana en Medellín (cf. Alonso *et al.*, 2006: 440-441).

Angarita (2004), por su parte (y como otra excepción a la mayoría de los análisis, en una mirada que compartimos más que la inicial) presenta una crítica frente a las tesis que pretenden observar el conflicto urbano de Medellín desde la lupa de la confrontación armada a nivel nacional. «Se insistió mucho en que esta violencia se debía a la decisión de las FARC y las AUC de “llevar la guerra a las ciudades”, y con este análisis, –independientemente de las intenciones–, se obstruyó un sereno y detenido examen de lo que realmente venía sucediendo en nuestras dinámicas internas» (Angarita, 2004: 146). A partir de dicha crítica, el autor teje su propuesta de análisis en la que señala que «se trata del escalonamiento o intensificación del conflicto armado urbano (“la guerra”), estimulado, –más no determinado–, por el conflicto armado de carácter nacional» (Angarita, 2004: 147).

La dinámica específica de las conflictividades en los barrios

Es a nivel del barrio²⁰, como la «unidad mínima» de análisis, donde es posible reconstruir y explicar la cotidianidad de la vida de los pobladores y contextualizar sus relatos sobre la «guerra». Es también ahí donde pueden desentrañarse las formas de articulación específicas entre el Conflicto Armado (con mayúsculas) y las conflictividades barriales, dado que es en la convivencia diaria y la cercanía donde

¹⁸ En este punto es muy interesante el planteamiento que hacen los autores de dos hipótesis dominantes del análisis del paramilitarismo en el país, diferenciadas básicamente por su nivel de centralidad y coherencia con un proyecto contrainsurgente (1) y un grupo más heterogéneo de intereses regionales y locales (e incluso personales), menos estructurado y centralizado y cuya «unidad» siempre transitoria se da alrededor de intereses como la no extradición y en coyunturas específicas (2) (Alonso *et al.*, 2006: 435-465).

¹⁹ Los autores se apoyan en el concepto de «red» propuesto por Hardt y Negri y otros autores dentro de la teoría sociológica. Básicamente quieren señalar que lo característico de cualquier «estructura reticular es que es un conjunto de relaciones y la pluralidad constante de sus elementos y no una estructura unificada». (Alonso *et al.*, 2006: 440-441; énfasis agregado).

²⁰ Según datos de 2006, la población de estos barrios es la siguiente: La Sierra, 2397 habitantes; Villa Lilliam, 5513 habitantes, y 8 de marzo, 910 habitantes; la clasificación por estratos es estrato 1 bajo-bajo para los tres barrios (Unidad de Clasificación Socioeconómica y Estratificación, Subdirección Metroinformación ECV, Alcaldía de Medellín, 2006).

se construye el tejido de relaciones sociales que van a «alimentar» el conflicto y que permiten entenderlo en sus verdaderas dimensiones. Vamos a desarrollar en este apartado la dinámica de los conflictos al interior de los barrios La Sierra, Villa Lilliam y el 8 de Marzo tratando de hacer claridad sobre dónde se apoya la insatisfacción con la mayoría de los análisis y qué proponemos entonces.

La conflictividad propia de estos barrios es similar a la de otras zonas de Medellín. Inicialmente, ella está asociada a diversos conflictos de la «vida comunitaria» que se dan a partir de problemas intrafamiliares o disputas entre vecinos u organizaciones comunitarias; problemas por violencias domésticas y de género o ligados al consumo de drogas. A ellos se suman diversas conflictividades urbanas que, como hemos visto, asumen formas de confrontación armada, modificando sustancialmente la dinámica de la vida barrial. Esta nueva conflictividad está tejida en la coexistencia de múltiples actores armados que tienen presencia en estos tres barrios (aunque de manera diferenciada) y en procesos que no siempre son coincidentes en el tiempo pero que marcan los momentos de mayor confrontación. En efecto, a estos barrios llegan los «actores de la guerra» pero ellos se insertan en dinámicas barriales preexistentes a su llegada y se articulan con ellos de maneras específicas, determinando el carácter de la confrontación. Para la época trabajada, estaban presentes actores como las bandas, los milicianos, los bloques de AUC, y guerrillas como las FARC y el ELN. Al reconstruir estos «actores armados» para la investigación, con base en la literatura y los testimonios, se obtuvieron los siguientes nombres y ubicaciones:

La Sierra:	Banda Los Fuertes Milicias Urbanas 6 y 7 de Noviembre Reductos de las FARC Bloque Metro-AUC
Villa Lilliam:	Banda de Los Cortes Banda El Pinal (del barrio 8 de Marzo) Banda La Cañada
8 de Marzo:	Guerrilla Urbana del ELN Banda Los Chamizos Banda El Pinal Reductos de las FARC Bloque Metro-AUC

Los primeros conflictos en los barrios hacen parte de los recuerdos asociados a la etapa de poblamiento y estaban relacionados con problemas de sobrevivencia o peleas callejeras con armas blancas. «La violencia» empieza –según testimonios de los mismos pobladores–

debido a los robos y violaciones que se venían cometiendo en los barrios, por parte de delincuentes que ingresaban a las casas o asaltaban los colectivos y atracaban a la gente. Muchas de las bandas y grupos que se conformaron entonces y que los pobladores reconocen como los «actores armados» que tuvieron mayor poder sobre estos barrios, tienen un antecedente en las primeras galladas, combos y grupos de autodefensa conformados en los primeros años. Estos grupos eran formados por «alianzas» entre amigos o familiares y tenían por nombre el apodo, apellido o nombre de alguno de los integrantes.

Así, en un terreno tan pequeño como la comuna 8 y 9 se tenían diferentes grupos y denominaciones: a los de La Sierra les decían «los Patiamarillos», a los de Tres Esquinas les decían «los Pepos»; también hablan de actores que trabajaban individualmente, como eran «Banano», «Pastel» y «Carne». Actores todos que nutrirían y abonarían el terreno para el surgimiento de la banda de La Cañada. En Villa Lilliam se hacían llamar con el mismo nombre del barrio, «los de Villa William»; a los del 8 de Marzo les decían «los Caretrapos», a los de Barrios de Jesús les decían «los de los Ranchos» o «los BJ», y en Villa Tina «los Mansalveros». Muchas de estas bandas se «alimentaron» del entrenamiento militar y de armas en los «Campamentos de Paz» instaurados en Villa Tina después de las negociaciones del M-19 con el gobierno. Formación militar que, después del fracaso del proceso, tuvo como consecuencia directa que los jóvenes quedaran armados y empezaran a organizarse y a impartir «seguridad y justicia» por sus propios medios. Debido a la cantidad de «combos» que había en la zona, estos grupos comenzaron a ejercer cierto dominio en sus propios barrios, generando con ello una «guerra por territorios», nutrida de venganzas, represalias y odios que han permanecido hasta el día de hoy²¹.

Según los testimonios recogidos, a raíz de los rumores sobre el ingreso de actores asociados al narcotráfico y a las autodefensas, varias bandas que actuaban en los sectores de Los Arrayanes y en Tres Esquinas del barrio Villa Lilliam, decidieron hacer una reunión a principios de la década de los noventa, que tenía como fin la integración de los grupos del sector y la elección de un líder. En este momento se fortalece la banda La Cañada, pues ella coopta los demás grupos de la zona y alias «Alberto», antiguo líder de la banda, permanece a la cabeza de este nuevo grupo. Esta banda obtuvo gran reconocimiento en el sector y frente a otras que actuaban en Medellín, así como por parte de los pobladores de los barrios de las comunas 8 y 9, teniendo además protagonismo en los enfrentamientos y conflictos entre los tres barrios. La Cañada combatía contra, por lo menos, cinco «combos» que tenían influencia en el sector; sin embargo nunca atacó al 8 de Marzo mientras en este barrio hubo presencia del ELN.

²¹ Por ejemplo, la banda de los Barbados, que se creó en Villa Tina como iniciativa de alguien que se hacía llamar «el Barbado» sería luego desmantelada cuando ingresaron las AUC a la zona según testimonios recogidos en los barrios.

En La Sierra algunos pobladores señalan que la iniciativa miliciana vino de organizaciones de izquierda o grupos insurgentes como el M-19, mientras otros señalan que las milicias, conocidas como Milicias 6 y 7 de Noviembre, fueron organizadas por jóvenes del mismo barrio como estrategia para combatir los robos que se estaban realizando en la zona, por parte de una banda que al parecer pertenecía al barrio Villa Turbay, un barrio aledaño. Con influencia de la guerrilla o sin ella, algunos jóvenes del barrio –que sus pobladores recuerdan como muchachos sanos y juiciosos– decidieron armarse para poder combatir a dichos delincuentes. Se formaron así grupos de milicias que empezaron a realizar labores de «limpieza social» contra drogadictos, delincuentes y ladrones. Ya más consolidadas buscaron financiación, armas y articulación con bandas de la misma zona, como la de Tres esquinas. Estos actores se mantenían armados y encapuchados; sin embargo la mayoría de los habitantes sabían quiénes eran, ya que muchos de estos jóvenes nacieron y crecieron en el mismo barrio. En el barrio 8 de Marzo el primer grupo que los pobladores recuerdan es la banda conocida como La Mano Negra que llegó de «afuera» y arremetió contra la población. Su ingreso al barrio se recuerda asociado a la muerte de varios jóvenes en la década de los noventa.

Mientras las bandas y milicias que actuaban en La Sierra fueron poco a poco cooptadas por el Bloque Metro, en el 8 de Marzo hizo su aparición el ELN que, a nivel nacional, ya había hablado de un despliegue hacia las ciudades, dándose así una articulación de estas bandas, que antes estaban asociadas a la delincuencia común, a milicias asociadas y financiadas por el ELN. La unión de estos grupos con la guerrilla hace parte de motivaciones diferentes para ambos bandos: mientras generaba el aprovisionamiento de un nuevo armamento para las bandas, para la guerrilla significaba una posibilidad de desarrollar su proyecto de despliegue hacia las zonas urbanas. Es a partir de estos procesos que se genera la confrontación más fuerte entre los grupos de estos dos barrios²². La relación que se establece entre estos grupos y el ELN va a generar cambios no sólo en las tácticas y estrategias de guerra, que ahora estarán más asociadas a la dinámica guerrillera (aunque bajo las dinámicas propias de los barrios), sino que logra introducir a los jóvenes, ahora guerreros, y a los habitantes del barrios en los rituales y las prácticas que hacían parte de una ideología e identidad guerrillera, ajena a los hábitos y a la cotidianidad de estos barrios²³ generando una nueva cotidianidad, donde la guerra y sus propias dinámicas, como los enfrentamientos y las muertes, configuraron las nuevas formas de habitar y vivir el barrio. Posteriormente, estos grupos lograron independizarse de la guerrilla del ELN, pero siguieron actuando por sí mismos.

²² Mientras, el PRIMED reporta que se presentaron enfrentamientos entre integrantes de la banda La Cañada, perteneciente al barrio Villa Lilliam, y los miembros de los comandos 6 y 7 de Noviembre del barrio La Sierra. Este enfrentamiento involucró la parte alta de Villa Lilliam (sector de la Cañada) y los barrios Villa Turbay y La Sierra (PRIMED II, 1999: 81).

²³ El ritual a la bandera del ELN, el canto del himno y el ejercicio de las formaciones militares, fueron prácticas que se introdujeron en el 8 de Marzo y que, poco a poco, fueron desplazando otros hábitos.

Como pudo observarse, tanto en La Sierra como en el 8 de Marzo existieron grupos de milicias, pero manifestaban grandes diferencias entre sí. Las de La Sierra obedecen más al contexto específico de los barrios: son formadas por iniciativa de ellos mismos, constituidas por jóvenes del barrio y que actuaban más como grupos de autodefensa barrial que se movían en la misma dinámica de las bandas. En el 8 de Marzo, por el contrario, los grupos venían de afuera, como es el caso de La Mano Negra, y lograron vincular a los jóvenes del barrio, pero con el ingreso del ELN, sus dinámicas se mezclaron con las de este otro actor, que les impuso estrategias de distintas, propias de la guerra de guerrillas.

Las acciones realizadas por estos grupos de milicias traspasaron los umbrales «normales» de la violencia en los barrios, al ejercer el poder de una manera indiscriminada. Los pobladores señalan este hecho con la expresión de que «a esos muchachos se les subió el poder a la cabeza» y empezaron a matar a mucha gente, incluso a ejercer juicios y sentencias contra los habitantes del barrio y al interior del grupo mismo; los juicios eran «justificados» con señalamientos sobre quién era un «sapo», un traidor, un vendido, etc., ocasionando con ello la muerte de muchos inocentes y el sinsabor de la comunidad contra hechos que se realizaban sin ningún motivo y a plena luz del día. Ahora bien, ese poder que obtuvieron las milicias en los barrios les fue otorgado por la misma comunidad; la población legitimaba su acción al darles el poder y la capacidad para solucionar problemas sociales y familiares, produciendo con ello un mayor control de estos grupos, no sólo en las esferas «militares» y de control del barrio, sino en la ejecución de labores sociales, económicas y políticas, que siempre iban de la mano con algún hecho violento. Las relaciones de estos grupos y actores armados con los pobladores, este «tejido social» que apoya, legitima y contribuye a alimentar los conflictos es muy importante en los contextos barriales y, sin embargo, han sido escasamente introducidos en los análisis. Esta es una de las formas de articulación más claras entre las dinámicas barriales y los conflictos armados y no las definen los «actores de la guerra» sino las relaciones que se establecen entre los pobladores, pues en la mayoría de los casos son los muchachos del barrio: hijos, hermanos o familiares de alguien. Estos grupos se destruyen posteriormente, no sólo por la muerte de los jefes y líderes más importantes, sino porque con el tiempo se generan problemáticas en su interior, por celos, venganzas y otras razones más banales que lleva a que se maten entre sí. Muchos de los jóvenes que pertenecían a estos grupos fueron cooptados o se aliaron a grupos y bandas que antes combatían. Pese a que hoy en día en La Sierra el poder está en manos de los reinsertados del Bloque Cacique Nutibara, aún quedan antiguos resentimientos palpables en algunos hechos violentos que se continúan presentando.

La presencia de todos estos conflictos y las situaciones que ellos crean afectan, de manera directa, las sociabilidades barriales, toda vez que las organizaciones de base también se ven resentidas por amenazas a sus dirigentes, generando su desintegración, el miedo a participar o a comprometerse con trabajos comunitarios, que hace que las actividades de proyección social sean restringidas a espacios mínimos. El fortalecimiento organizativo se constriñe a lo que permitan «los límites territoriales de la guerra». Esta situación afecta todas las actividades culturales y recreativas de orden zonal. Parques, canchas y zonas verdes, muy importantes como sitios de encuentro de estos barrios, no se pueden utilizar debido al dominio de uno de los grupos del conflicto. Igualmente sucede con las terminales de buses y las vías públicas, afectando sensiblemente la vida cotidiana de los barrios.

Es en este contexto de conflictividades barriales que se inserta el paramilitarismo. El primer barrio de la zona estudiada donde hizo presencia fue La Sierra, bajo el nombre del Bloque Metro. Según sus habitantes, esto ocurrió para finales del año 1999. Cómo ocurrió el paso de Milicias 6 y 7 de Noviembre al Bloque Metro es algo que no está muy claro; al parecer fue producto de una negociación entre las Milicias y este Bloque paramilitar; sin embargo fue más una conversión que un cambio de actores, pues eran los mismos muchachos que antes eran milicianos y ahora se hacían llamar Bloque Metro. Su comandante Edison, alias «la Muñeca» (protagonista del tristemente célebre documental La Sierra), logró vincularse con labores sociales y políticas en el barrio, debido a que nació y creció en él y era su habitante regular. Este bloque, debido a las discrepancias entre los paramilitares por los negocios de droga y la negativa de este grupo a hacer parte del proceso de desmovilización, generó la arremetida del BCN en el barrio que, después de la muerte de «la Muñeca», lograría la cooptación del Bloque Metro y su posterior desmovilización. La Cañada, por su parte, prefirió aliarse al BCN antes que combatirlo, siendo pieza fundamental en la aniquilación del Bloque Metro. El barrio 8 de Marzo, punto estratégico debido a su posición geográfica justo frente a La Sierra –donde se debilitaban las Milicias por enfrentamientos con el Bloque Metro –, se vuelve una pieza clave para la ofensiva que desde antes ya venía ejecutando el BCN contra el Bloque Metro. Los habitantes recuerdan este ingreso de las AUC al barrio por dos cosas: porque desde el día anterior les había tocado ver «desfile» a aquellos jóvenes que habían nacido y crecido en el barrio y quienes se marcharon antes de que el BCN entrara al barrio; y porque esa noche el sonido de petardos y granadas y los cientos de encapuchados (ya no reconocidos por sus voces y otros rasgos) avisaban la llegada de un nuevo actor armado. Esto, según reportan los pobladores, ocurrió a finales del 2001²⁴.

²⁴Al igual que en muchos otros barrios de Medellín, el ingreso del paramilitarismo a la ciudad, fue anunciado con miles de pintas y grafitis que eran dejados como marcas en todas las paredes y calles de los barrios. Las notas rezaban así: «Guerrillero ponte el camuflado o muérete de civil», «Ojo sapos», «MUERTE», etc.

Los enfrentamientos entre los tres barrios siempre han estado. Primero fueron entre las milicias 6 y 7 de Noviembre y las milicias del ELN, en el barrio 8 de Marzo, a la par que se producían enfrentamientos entre la banda de La Cañada y las milicias 6 y 7 de Noviembre en La Sierra. También se daban enfrentamientos entre las milicias del 8 de Marzo contra la banda de los BJ de Barrios de Jesús y luego de éstas mismas con el Bloque Metro que hacía presencia en La Sierra. Sin embargo las treguas, combates y alianzas entre los tres barrios también se daban en relación a los diversos intereses que los grupos tenían en la lucha por el territorio. Así por ejemplo, La Cañada en un tiempo ayudó a las milicias del 8 de Marzo a combatir a las milicias 6 y 7 de Noviembre de La Sierra, debido a las alianzas y pactos que ambos grupos tenían con el ELN. Finalmente La Cañada es cooptada por el BCN y ayudó a combatir y a aniquilar al Bloque Metro, para luego reinsertarse como el Bloque Héroes de Granada; meses después de la reinsertación mataron a su líder alias «Alberto».

Estos enfrentamientos generaron numerosos desplazamientos dentro de la zona y fuera de ella, e incluso lejos de Medellín. Las confrontaciones más fuertes, y que sin duda han sido las que marcaron más la memoria de estas poblaciones, fueron las sucedidas cuando operaban las milicias tanto en La Sierra como en el 8 de Marzo y la banda La Cañada en Villa Liliam.

Todos los grupos que han ejercido poder sobre estos barrios han creado sus propias reglas que restringen los modos y hábitos de vivir de sus pobladores. La cantidad de muertos, violaciones a los derechos humanos y hechos atroces que vivieron o presenciaron a estas comunidades durante la década de los noventa impregna de sangre y dolor el recuerdo de esos días. Durante ciertas épocas, en el barrio sólo se podía transitar hasta determinadas horas; la movilidad y los espacios para hacerlo también estaban restringidos, no sólo por las reglas internas que los grupos imponían a sus habitantes, sino también por los enfrentamientos y confrontaciones que introducían a sus pobladores en las dinámicas de «la guerra». Actividades de la vida cotidiana como ir a la tienda, al colegio o a trabajar, eran realizadas al filo del peligro, y en muchos casos se dejaban de hacer por el riesgo que se corría debido a los fuertes enfrentamientos. Los grupos también definían las zonas donde se podía o no consumir drogas: así, mientras operaron las milicias en el barrio 8 de Marzo y el Bloque Metro en La Sierra estaba prohibido consumir marihuana u otras drogas delante de la población; los jóvenes que usaban tales sustancias debían hacerlo fuera del barrio o de lo contrario eran castigados. Cuando el BCN se instauró en estos barrios el consumo de drogas se hizo con mayor libertad, situación que las comunidades denuncian y señalan como una gran diferencia entre unos y otros. El barrio Juan Pablo II fue una de las zonas marcadas por la violencia: por

allí no podían pasar los habitantes del 8 de Marzo porque los mataban. Muchos testimonios hablaron de pasajeros que se bajaban de los buses y los mataban ahí mismo²⁵. Por otro lado en La Sierra, El Pingüino fue un sector de paso que la población de este barrio usaba como ruta de salida para evitar las confrontaciones.

La «labor social» –en tanto eran ellos los encargados de «solucionar» todo tipo de conflictos barriales– fue característica de todos los grupos y estaba asociada a la preferencia de la población a acudir a estos grupos al margen de la ley, debido a la negativa o ausencia del Estado, su débil fuerza pública en estos territorios y sin duda también a la tradicional falta de credibilidad institucional en estos barrios. Estos grupos lograron apropiarse de las labores sociales e incluso de las Juntas de Acción Comunal (JAC), y desde ahí desplegaron su proyecto social; también lograron vincularse y manipular a los grupos juveniles como estrategia para cooptar jóvenes. Actualmente, después del proceso de desmovilización, quienes están a la cabeza de las JAC y desarrollando labores sociales son los reinsertados.

Las motivaciones para ingresar a uno u otro bando eran diversas. Las relaciones que se establecieron entre los pobladores y los grupos armados en este tipo de «guerras» urbanas no obedecen tanto a la adhesión a ciertas ideologías políticas. Hemos podido registrar que incluso en una misma familia, los hijos, debido a las dinámicas propias de la guerra urbana, pasan de un bando a otro. Algunos lo hicieron por necesidad, otros obligados, otros por cobrar venganza, por rabia, etc. La poca oferta social que existía en estos barrios también facilitó la vinculación de los jóvenes a los distintos grupos armados. Muchos grupos llegaron ofreciendo sueldos, mercados y otras opciones económicas con las que muchos jóvenes no contaban. La «guerra» se convirtió para ellos en una típica estrategia de sobrevivencia. Muchos de los hechos de violencia registrados obedecen a diversas motivaciones «emocionales», como la venganza por la muerte de un familiar o un amigo. Los «guerreros» de estos barrios eran niños, quienes se vinculaban a estos grupos desde los 12 años en adelante, por ansias de poder, porque eran obligados o como parte de esa cadena de retaliaciones muchas veces personales. En la imbricación de estas historias con la vida del barrio, es difícil comprender desde fuera quiénes eran quiénes, hasta dónde llegaba el territorio de cada jefe y cómo, tan fácilmente, se armaban y desarmaban alianzas y amistades. Formas y relaciones de poder que marcan la dinámica de los conflictos en los barrios y no son, precisamente, producto del Conflicto Político Armado con mayúsculas.

²⁵ También se dio el caso en que las comunidades tenían que entrar a dialogar con estos actores, para proponer treguas y pactos como dejar que los jóvenes y niños estudiaran en los colegios y garantizar que estos espacios escolares no fueran implicados en el conflicto.

Las marcas que ha dejado el conflicto en estas poblaciones hoy son reconocibles no sólo en el ambiente de zozobra, desesperanza, miedo e incertidumbre que aún sienten sus habitantes, sino en los recuerdos que dejó «la guerra» y que todavía hoy hacen parte de su vida cotidiana. Pese a que las negociaciones con los grupos paramilitares pusieron fin a las confrontaciones más agudas entre estos barrios, sus pobladores señalan que todavía en ellos se vive en una «aparente calma», en una «paz a medias», porque los asesinatos se siguen cometiendo todavía. Los conflictos que hoy se registran se asocian a problemas barriales, enemistades, conflictos pasionales o familiares. Sin embargo sus pobladores también denuncian malos tratos por parte de la Fuerza Pública y de los grupos de reinsertados que actúan en sus barrios. Además el consumo de drogas ha vuelto a incrementarse en estas zonas. Lo que se vive hoy es una coyuntura marcada por el proceso de negociación y reinserción de los grupos paramilitares que continúa vigente y que marca, de alguna manera, la situación y la problemática de las víctimas en los barrios en esos años trabajados. El ambiente en el que viven actualmente estas comunidades, pese a la disminución sensible de la confrontación, es de una tensión y zozobra constantes, con el temor de que en cualquier momento les toque volver a presenciar la «guerra» que ya les tocó vivir: «Esto es como una olla de presión».

Conflictividades urbanas: ¿violencias no políticas?

Una vez desarrollado el trabajo de campo y de haber constatado la mezcla entre diferentes conflictos y sus formas de articulación, problematizamos muchos diagnósticos donde se insiste que lo sucedido en Medellín es expresión local del conflicto político a nivel nacional, porque a juicio nuestro estos tienen una debilidad en el marco explicativo de los procesos que allí se desarrollan. Creemos que en aras de establecer el carácter político de muchas de estas violencias (y para lograr diferenciarlas de violencias delictuales), los investigadores han visto una expresión local del conflicto político a nivel nacional, haciendo una «extrapolación» del fenómeno nacional a nivel local. En estas perspectivas se han minimizado o dejado de lado un sinnúmero de dinámicas barriales y locales que inciden sobre las conflictividades urbanas, tanto o más que el conflicto político que se desarrolla a nivel nacional, y que incluso en algunos casos las determinan. El «estudio de caso» concreto nos obligó a tener una visión más compleja que la de la mayoría de los análisis que se han hecho sobre el tema. La interacción constante que se produce entre diversos actores y la mezcla entre unas y otras violencias son asumidas como confusas o dejadas de lado en la mayoría de análisis, mientras que nosotras las reivindicamos en el análisis, por las implicaciones de las mismas sobre el carácter o la naturaleza de la confrontación.

Sin duda la articulación entre lo nacional y lo local cuando el contexto de fondo es un conflicto político armado como el colombiano es forzosa y necesaria. Sin embargo, frente a estos diagnósticos (por lo demás muy generalizados) nos preguntamos si la manera en que los especialistas de la «violencia urbana» han planteando esa articulación, es la más apropiada para entender las conflictividades urbanas en Medellín; sobre todo teniendo en cuenta que se trata de conflictividades urbanas enraizadas en un sinfín de tramas barriales que preexisten al conflicto político mismo (Kalyvas, 2004) que no desaparecen con él y, más bien, se articulan en formas muy complejas y bastante inexploradas de conflictividad. Estas terminan produciendo una mezcla para nada irrelevante, sino determinante en la naturaleza y el carácter mismo de la confrontación que obliga a responder la pregunta: ¿cuáles son, efectivamente, las relaciones que se construyen entre estos y los actores armados? (Bolívar y Nieto, 2003). De ahí que los antecedentes a este periodo como rezagos de narcotráfico, bandas y milicias y las dinámicas que ellos generan en términos de conflictividades barriales ganen importancia.

Como ya lo señalamos, los análisis más excepcionales y que fueron útiles para nuestra reflexión empiezan por cuestionar muchas de las debilidades interpretativas y a mostrar las especificidades que se producen cuando se articulan las conflictividades urbanas y el conflicto político nacional; tal enfoque exige una mirada muy atenta a los procesos locales. Apoyadas inicialmente en estos trabajos, fue en la investigación de campo propiamente dicho y gracias a los análisis de Kalyvas (2004) sobre la violencia de las guerras civiles y el de Bolívar y Nieto (2003), que insinuamos que las dinámicas barriales del conflicto en el caso de Medellín deben llamarse conflictividades urbanas más que «guerra» urbana.

Decir que más que la expresión local del conflicto político a nivel nacional se trata de «conflictividades urbanas» con un enorme peso en lo local, ¿significa que asumimos estas violencias como «no políticas»? De ninguna manera. Sin duda, estas conflictividades urbanas se desarrollan en un contexto intrincado de relaciones de poder que generan conflictos específicos que son lo que caracteriza «lo político» (Bolívar, 1999), pero sí significa que no son políticas en el sentido «institucional-estatal» que suele atribuirse a la política o a «lo político», negándole este carácter a relaciones de poder que no son necesariamente estatales o institucionales. No se trata entonces de negar el contenido político de estas violencias: se trata de confrontaciones eminentemente políticas, pero a condición de no agotar lo político en la institucionalidad (y en la mayoría de casos en la estatalidad), sino de identificar esas relaciones de poder y el carácter político de esas violencias en otros ámbitos donde se asienta el poder, y lográndose discernir que se trata de una «guerra» que se vive y se juega en la cotidianidad de la vida de los pobladores y en las relaciones que, «instrumentalizadas» de uno y otro lado, se

generan entre los «actores de la guerra» y los actores barriales. Con este giro nos acercamos a concepciones del poder más novedosas, hechas por algunos politólogos y algunas politólogas)²⁶ e incluso de las que viene proponiendo la geopolítica política crítica²⁷ y sostenemos entonces la necesidad de reconceptualizar la noción misma de lo político para que podamos pensarla en una dimensión más emparentada con los problemas y los conflictos de las personas comunes y corrientes y no solamente en su dimensión institucional-estatal como discurso abstracto y alejado completamente de las problemáticas de la gente.

Nuevas Rutas: perspectivas y desafíos metodológicos

Por no ser el conflicto o, más concretamente, la «violencia urbana» nuestro objeto inicial de interrogación específico y por considerar que efectivamente es preciso documentar mejor estas conflictividades urbanas de lo que pudimos hacer en la investigación, sugerimos a los expertos en esta temática otra clave para leer el conflicto, es decir, nuevas perspectivas y desafíos metodológicos que creemos que deben ser desarrollados más agudamente e intentar nuevas miradas para entender o interpretar las conflictividades urbanas en Medellín fundamentalmente por tres razones presentes en los diagnósticos que cuestionamos:

a) Porque la mirada desde la cual se construye la interpretación de estos fenómenos tiene serias implicaciones en las explicaciones que, finalmente, se construyen sobre el conflicto desvirtuando lo que realmente ocurre.

b) Porque de alguna manera evidencian lo que nosotros consideramos una mirada excesivamente institucional y estatal de lo político, que expresa una división jerárquica que concede a lo «nacional» (en razón de la primacía de «lo estatal» de la política)²⁸ el papel protagónico en las explicaciones, como si las dinámicas locales fueran sólo expresión local de lo nacional o su resultado, sin privilegiar dinámicas locales que, en ocasiones, determinan incluso, muchas de las características y expresiones de la conflictividad urbana. Dinámicas locales que expresan también relaciones de poder y en consecuencia, expresiones políticas de los conflictos (aunque no sean estatales o institucionales).

²⁶ Ver los trabajos más recientes de Ingrid Bolívar, donde plantea esa necesidad de reconceptualización de lo político (particularmente para el análisis de la violencia en el país).

²⁷ Ver Agnew (2005), fundamentalmente sus reflexiones sobre el carácter del poder o, más precisamente, sus concepciones no estatales (o no exclusivamente estatales del poder), que obligan a repensar cómo lo hemos entendido, que ha sido fruto de lo que este autor denomina la «imaginación geopolítica moderna» construida por los países europeos y occidentales.

²⁸ Existen, por supuesto, formas locales del Estado, pero ellas se siguen asumiendo como el espacio de lo «propriadamente» político, minimizado en una estructura jerárquica que parte de lo nacional, como lo más importante, hacia lo regional o lo local.

c) Porque creemos que estas perspectivas han oscurecido en el análisis político su relación con aspectos subjetivos o con la emocionalidad que hacen parte del «juego político», es decir, dejan de lado el hecho de que la dinámica política está emparentada con aspectos menos racionales y que, en estos contextos barriales, se condensan en las relaciones «cara a cara» (Goffman, 1974), en las relaciones vecinales y parentales que le ponen rostro, es decir, emocionalidad y subjetividad a los abstractos enemigos. Estas dos características ponen en evidencia la necesidad actual dentro del pensamiento político de reconceptualizar eso que entendemos por «lo político» para hacer análisis más acabados de sus expresiones donde realmente se asienta el poder.

La articulación que se establece entre lo nacional y lo local a la hora de analizar el conflicto en Medellín, debe ser problematizada y esclarecida a partir, al menos, de cuatro aspectos y de sus respectivos componentes que se implican mutuamente.

a) La existencia de una serie de condiciones o características de la violencia en los barrios que son del orden de dinámicas locales. En este caso de conflictividades urbanas que muchas veces (la mayoría incluso), no sólo preexisten a la llegada del Conflicto Político (con mayúsculas) sino que priman en su dinámica, y que no han sido suficientemente esclarecidas particularmente para las conflictividades urbanas o la «guerra» en Medellín. Estas escisiones locales son a veces y con frecuencia preexistentes sin haber sido injertadas dentro de la escisión maestra (Kalyvas, 2004).

b) La existencia en el interior del conflicto de una serie de razones o motivos que raramente son consideradas por los analistas, por ser motivos «menos nobles» de la guerra (intereses privados, acciones individuales, relaciones personales, venganzas, etc.) y cuya existencia, si bien se ha reconocido en algunos análisis, se minimiza a la hora de la explicación de sus dinámicas. Lo que sucede con las conflictividades urbanas de Medellín, es que la expresión de estos fenómenos a nivel local no siempre se compadece con los discursos dominantes de la guerra y, por el contrario, se imbrican en un tejido de relaciones locales en todas sus formas. Lo mismo que sucede con los «motivos invocados» sucede con los actores: muchas son las disputas «individualizadas» que se quieren hacer ver como disputas centrales (Kalyvas, 2004). Sin duda es preciso reconocer que ellos pueden utilizar el espacio de «la guerra» para legitimar políticamente otras razones menos «nobles» y reconocer también que, a su vez, son utilizados por

los actores armados. En estos contextos bélicos, los actores que buscan el poder en el centro utilizan recursos y símbolos para aliarse con los actores marginales que están luchando por conflictos locales, logrando así la producción conjunta de acción (Kalyvas, 2004). Intentar explicar estos «motivos o razones» de participación de muchos jóvenes en las acciones de los diferentes grupos armados, exige repensar nuestra concepción de lo político y sobre todo los contextos de interacción donde estos conflictos se producen. Las razones que encontramos de la vinculación de muchos jóvenes a los grupos armados en los barrios nos obligó a aceptar que la violencia puede no estar relacionada o no estar completamente relacionada con el discurso dominante de la guerra (Kalyvas, 2004).

c) La existencia de esa mezcla confusa que genera la aparente ambigüedad de la guerra, y que en general no hemos sabido explicar y desvirtuamos (sea subsumiendo los actores «privados» a la confrontación política central, sea minimizando sus alcances). Desde nuestra perspectiva no sería un «accidente» del conflicto (algo aleatorio, que lo confunde y no permite explicarlo) sino una parte fundamental de él; más aún, la «guerra» misma sería definida por esa mezcla entre identidades y acciones políticas y privadas (Kalyvas, 2004). Lo que puede traducirse coloquialmente como la posibilidad de «pescar en río revuelto», es una práctica extendida en estas dinámicas guerreras, que para Medellín no ha sido suficientemente explorada. Si queremos explicar las conflictividades urbanas, es necesario entrar directamente a las dinámicas barriales, documentar con más acierto esta información, ganar en la capacidad descriptiva de estas dinámicas micro y afinar el análisis dándole un peso específico a estas acciones que sostienen y alimentan las confrontaciones armadas y a las transformaciones que ellas producen en el conflicto mismo. Esta mezcla entre acciones delictivas y «mafiosas» (personales e individuales) y el «conflicto político armado» o la «guerra», es mayor de la que hemos querido concederle: son las típicas «alianzas de conveniencias» (Kalyvas, 2004: 56). Una mezcla que en el mejor de los casos se reconoce, pero que hemos asumido como muy confusa entre acciones políticas, delictivas y criminales.

d) Finalmente, no es sólo que existan otros motivos menos nobles (personales, privados, retaliaciones o venganzas) que producen esa mezcla perversa que expresa la «ambigüedad» de la guerra; es que están poniendo de presente algo muy incómodo (Bolívar y Nieto, 2003) para los analistas políticos: la existencia de la subjetividad y la emocionalidad en los

fenómenos políticos que se están dejando «por fuera» del análisis debido a una concepción instrumental-racional de lo político. Es necesario entonces hacer una reconceptualización de lo político que incluya aspectos ligados a la vida común y cotidiana de la gente, donde hay espacios políticos y expresiones de las relaciones de poder.

Palabras finales

Es necesario hacer un trabajo de mayor profundidad sobre el conflicto que el hecho en esta investigación que permita documentar más sólidamente muchas de estas expresiones de la conflictividad urbana y las maneras específicas como se produce la articulación entre unos y otros actores y factores²⁹. Estos diferentes aspectos y los desafíos que proponemos a la lectura sobre la articulación de lo nacional y de lo local del conflicto –apoyada en las reflexiones de algunos autores y en nuestro trabajo de terreno– podrían llevar a una mejor comprensión de las conflictividades urbanas en Medellín. En todo caso, no podemos, ante estos avances en el conocimiento, seguir sosteniendo que las conflictividades urbanas en Medellín son únicamente la expresión local del conflicto político armado que vive el país o el fruto calculado de una estrategia de urbanización del conflicto por parte de los actores de la guerra, ni seguir desconociendo las dinámicas microlocales, traducidas en conflictividades urbanas y sus maneras específicas de articulación en el contexto de la «guerra», además de sus contenidos políticos, que se hacen visibles con una mirada menos institucional y estatal de la política.

Creemos que la mejor conclusión es que mientras no seamos capaces de asumir los retos que el análisis de estas conflictividades urbanas exige–documentar descriptivamente las dinámicas micro, antes de querer explicar las macrodinámicas; no seguir privilegiando lo universal por encima de los casos particulares, que obligan a relativizar muchas de esas explicaciones globales e incluso preferir lo desordenado de la realidad social, aún si es más difícil conseguirlo (e interpretarlo); no instrumentalizar las razones políticas en su concepción más estatal e institucional para emprender el análisis y finalmente, incluir las dinámicas locales con todos sus componentes y la subjetividad y la emocionalidad, que juegan un papel muy importante dentro del conflicto– seguiremos perdidos en la oscuridad de dinámicas sociales y políticas que no sabemos explicar no porque sean inexplicables sino porque no hemos sabido interrogarlas.

²⁹ Como lo señalamos inicialmente, éste no era nuestro «objeto» de investigación y fue sobre la marcha que vimos la necesidad de una reflexión en la que logramos, al menos, problematizar muchos de los análisis más extendidos sobre la «guerra» en Medellín en esos años.

Bibliografía

- Agnew, John. 2005. *Geopolítica. Una revisión de la política mundial*. Madrid, Trama editorial.
- Alonso Espinoza, Manuel, Jorge Giraldo y Diego Sierra. 2006. «Medellín el complejo camino de la competencia armada», en: Camila de Gamboa (ed.), *Justicia Transicional: Teoría y Praxis*. 435-465. Bogotá, Universidad del Rosario.
- Angarita, Pablo Emilio. 2004. «Conflictos urbanos en un país en guerras: Miedo, satanización y realismo trágico», en: William de Jesús Balbín (comp.), *Violencias y conflictos urbanos: un reto para las políticas públicas*. 113-158. Medellín, IPC.
- Blair, Elsa, Natalia Quiceno, Isabel De Los Ríos, Ana María Muñoz y Marisol Grisales. 2008. *De memorias y de guerras. Informe final de Investigación*. Medellín, INER, COLCIENCIAS, Alcaldía de Medellín.
- Bolívar, Ingrid y Lorena Nieto. 2003. «Supervivencia y regulación de la vida social: La política del conflicto». *Nómadas*. 19: 78-87.
- Bolívar, Ingrid. 1999. «Sociedad y Estado: la configuración del monopolio de la violencia». *Controversia*. 175: 11- 39.
- Cideal y La Pastoral Social. 2005. *La violencia en Medellín. Iniciativas para la solución del conflicto (1980-2004)*. Medellín, AECI.
- Goffman, Erving. 1974. *Les rites d'interaction*. París, Éditions de Minuit.
- Instituto Popular De Capacitación (IPC). 2006. *Píldoras para la memoria: violaciones de derechos humanos y crímenes de lesa humanidad en el Valle de aburra y el Oriente Antioqueño (2000-2004)*. Medellín, IPC.
- Jaramillo, Ana María, Ramiro de J. Ceballos Melguizo y Martha Inés Villa Martínez. 1998. *En la Encrucijada. Conflicto y cultura política en el Medellín de los noventa*. Medellín, Corporación Región, Secretaria de Gobierno y Programa para la Reinserción – Red de Solidaridad Social.
- Kalyvas, Stathis. 2004. «La ontología de la “violencia política”: acción e identidad en las guerras civiles». *Análisis Político*. 52: 51-76.
- Medina Franco, Gilberto. 2006. *Historia sin fin... Las milicias en Medellín en la década del noventa*. Medellín, IPC.
- Nieto López, Jaime Rafael y Luis Javier Robledo Ruiz. 2006. *Conflicto, violencia y actores sociales en Medellín*. Medellín, Unaula.
- Salazar, Alonso y Ana María Jaramillo. 1992. *Medellín: Las subculturas del narcotráfico*. Bogotá, CINEP.